



BOCETOS FEMENINOS

LA IRREPROCHABLE

TENGO una singular simpatía por la mujer que sale a la calle, en todo irreprochable; desde el fino matiz de la piel, y el dulce brillo de los ojos, hasta el más pequeño detalle de su cartera, a servir de blando descanso a los ojos del que pasa.

Verdad es que la vida es muy compleja y varia, y por consiguiente, cada uno tiene derecho de entender la caridad a su modo.

Benefactoras de la humanidad son, sin duda, aquellas hábiles mujercitas que se pasan media hora delante del espejo, nada más que para rizarse las pestañas y arquearlas en sentido contrario al globo del ojo, corrigiendo así, la obra de la mano, sin duda, zurda, que les restó medio milímetro de elipse a sus órbitas oculares.

Y claro está, fuera crueldad de orden estético no procurar la adquisición forzada del medio milímetro, o aun menos, que, por fenómeno óptico, consiguen las bien arqueadas pestañas.

Además, como en Buenos Aires no hay bosques, si exceptuamos los de Palermo, que están muy retirados, y los que se ven en postales y cuadros en las vidrieras, y que, claro está, no se mueven, por mucho viento que sople, aquellas benefactoras han pensado, sin duda, en lo caritativo que resulta proporcionar a la mirada del

que pasa el espectáculo feliz de una selva tupida de grandes pestañas, en cuyo centro dos lagunas azules, o verdes, o grises, completan la ilusión de la pródiga naturaleza.

Para llegar a este resultado los aceites de nuez, almendras, ricino y otros muchos, han inundado durante la noche el pie de cada pestaña, a modo de las acequias que, desbordando, inundan el pie de cada árbol y fertilizan el terreno, propicio al nuevo árbol (o a la nueva pestaña).

Con este procedimiento, repetido durante meses, se ha logrado el aumento de ocho pestañas por ojo, si el cálculo de una amiga mía no me engaña, amén de un considerable crecimiento del arbolito pestaña.

Otras tareas, todas conocidas también, en uñas, piel, cabello, mejillas, prendas interiores y exteriores, absorben largo tiempo a la irreprochable para salir, como tal, a la calle a efectuar compras, o a tomar te, o simplemente a estrenar el último traje.

Observad esa manera de caminar, ¡qué paso discreto y mesurado! Si lo fijáis con el metro veréis que no excede de treinta centímetros; la cabeza, graciosísima, forma, con respecto del cuello, un ángulo ligeramente obtuso de 105 grados (cantidad constante); la mirada va sonámbula; la boca hierática; la selva de los ojos triunfante...

El corte del vestido es irreprochable; los zapatos, a fuerza de finos, señalan los dedos del pie, fieles a su forma; las medias transparentan un rosado nácar; el sombrero se ajusta a la cabeza como su molde; los guantes, golosos de los dedos, sólo están separados de aquéllos por una imperceptible capa de aire; toda ella parece, en suma, escapada de un baño de cera.

Y si la véis a las cuatro de la tarde, cuando sale de su casa, y la encontráis a las siete, cuando regresa, observarán que ni un cabello se ha movido de su sitio y que, el umbral que la dejó, resplandeciente y correcta, la recibe sin rebaja alguna del tanto por ciento estético.

He aquí una estadística que me dió una amiga calculada, ésta, para tres o cuatro horas de estada en la calle, incluso visitas a tiendas y te:

Movimientos aproximados que cuesta mantener la irreprochabilidad callejera

Miradas al espejo (distintas clases, tamaños y lunas)	25
Miradas en los cristales de las vidrieras	60
Estiramiento de guantes	12
Cuidado de que los alfileres no escapen de su sitio	10
Humedecimiento de los labios	30
Afirmación especial de la pechera con un tironcito	5
Llevada de las manos a las horquillas que sostienen el velo	18
Reposición de polvos (muy discreto)	2
Enderezamiento de las cuchillas de las medias	2
Lustrada furtiva de zapatos, restregándolos contra la parte posterior de la pierna	6
Imprevistos, con respecto a carteras, cuellos, pliegues, etc.	50

Total de movimientos 210

Lo que nos hace deducir que, si después de dos años de esta táctica para mantener la irreprochabilidad callejera, este fervor estético alcanzara el premio de un esposo, este esposo representaría, en el supuesto que la irreprochable hubiera salido a la calle nada más que dos veces por semana, cerca de 45.000 movimientos «ad-hoc», lo que significa un desgaste muscular, con su correspondiente acumulación de toxinas capaz de despertar el celo literario de cualquier moralizador higienista. «¿N'est pas?»

Y luego, que se atreva a afirmar alguien que un hombre no vale nada...

Tao-Lao.

